



Discurso de inauguración del Consejo Ejecutivo de la Internacional Socialista

**Presidenta de la República
Laura Chinchilla Miranda**

San José, 23 de enero 2012

Señoras y señores:

Para el pueblo y el Gobierno de Costa Rica constituye un gran honor albergar este importante período de deliberaciones del Consejo Ejecutivo de la Internacional Socialista. Les damos la más cordial bienvenida a esta tierra de paz y naturaleza.

Nuestro clima tropical de fuertes turbulencias climáticas y nuestro sísmico suelo evocan, en esta hora, los signos también turbulentos de nuestros tiempos, en que algunos regímenes autoritarios del mundo árabe se resisten aún ante las demandas de libertad y democracia de sus pueblos; cuando la libertad de expresión se ve socavada en América Latina por la intolerancia y la criminalidad organizada; mientras incontables ciudadanos de naciones desarrolladas se indignan ante el sacrificio que se les exige por los excesos cometidos por el sector financiero; y cuando el planeta no logra alcanzar todavía consensos significativos para enfrentar el cambio climático.

Pero esta tierra que hoy les recibe de hermosos bosques, playas y montañas es también un entorno propicio para construir esperanzas.

Es desde ese sentimiento y desde nuestras preocupaciones comunes y objetivos compartidos que me dirijo a ustedes para reflexionar sobre la relación entre paz,

democracia y desarrollo sostenible, y la trayectoria de Costa Rica en esos campos.

Como gobernante de este país, tengo la firme convicción de que el respeto mutuo y la prudencia son los elementos fundamentales de los cuales se nutre la paz. Tal convicción la compartimos todos los costarricenses. Desde hace más de 60 años, apostamos por la paz aboliendo el ejército. Con esa trascendental decisión, nos comprometimos ante el mundo y ante nosotros mismos a que jamás causaremos una ofensa militar a ninguna otra nación; mucho menos a nuestro propio pueblo. Por ello es que resulta tan difícil explicar, la agresión militar que hace más de un año experimentamos por parte del Gobierno de Nicaragua, así como la ocupación de una porción de nuestro territorio por parte de brigadas alentadas por las autoridades de ese país. Esos acontecimientos han puesto a prueba, una vez más, nuestras más profundas convicciones, ya que en medio de la justa indignación que sentimos no nos han logrado descarrilar de nuestra tradición de paz y hemos empuñado como única arma para la defensa de nuestra soberanía, el derecho internacional.

Sirva la presencia de ustedes en nuestro país para reiterarles, el pleno respeto de Costa Rica y de su gobierno a las más básicas normas de convivencia pacífica con sus vecinos, pero también para expresarles nuestra firme voluntad de no claudicar en la defensa de nuestros derechos soberanos.

Para Costa Rica la abolición de las fuerzas armadas tiene un importante contenido de paz, pero también de desarrollo. Desde que decidimos poner punto final a la existencia del ejército en nuestro país y a lo largo de más de seis décadas, hemos sabido priorizar el gasto público hacia la mejora en las condiciones de vida y las oportunidades de nuestro pueblo. El recurso humano es, sin duda alguna, el más valioso de nuestros recursos. Hemos economizado cada centavo que hubiera sido gastado en armas y soldados, y lo hemos invertido en salud y educación. Esta ecuación ha dado como resultado un destacado desarrollo humano a pesar de nuestros limitados ingresos, pero también nos ha permitido pasar de ser un país de renta baja a otro de renta media.

La fortaleza de un desarrollo sustentado en un recurso humano de calidad, nos permitió iniciar hace tres décadas un proceso de apertura unilateral hacia la economía internacional. Gracias a ello, experimentamos una significativa diversificación de nuestra producción y el incremento del comercio exterior. La combinación de alto desarrollo humano con apertura comercial nos ha permitido convertirnos en una de las economías más competitivas de la región y en el mayor exportador de tecnología de América Latina.

Al pacto social con la paz, la democracia y el desarrollo humano, agregamos hace ya cuarenta años el pacto social con la naturaleza.

El verdor de nuestros bosques no sólo ha sido producto natural de una tierra generosa, sino también, del sentido de responsabilidad colectiva de un pueblo que supo expresar en políticas de Estado su compromiso con la preservación del ambiente. En los años 70 del siglo pasado, encabezábamos la lista de líderes mundiales de deforestación. Hoy en cambio, Costa Rica, con un 25% de áreas protegidas y un 40% de su territorio nacional cubierto de bosques, se ha convertido en el país que más protege el medio ambiente de las Américas. El 95% de la electricidad que consumimos la generamos a partir de fuentes renovables y aspiramos alcanzar el 100% para el año 2015. Confiados en nuestras fortalezas y en nuestro compromiso, nos hemos impuesto el compromiso de ser uno de los primeros países carbono neutral del planeta.

Si bien los costarricenses nos sentimos justamente orgullosos de nuestro legado como Nación, sabemos de los retos aún pendientes que ponen a prueba una vez más nuestra capacidad para construir acuerdos. Entre esos retos están, la reforma de nuestra estructura tributaria para hacerla más sólida y más progresiva; un desempeño más eficiente de nuestra institucionalidad democrática; y el eficaz enfrentamiento del narcotráfico y el crimen organizado que hoy ponen en jaque a muchos países de nuestra región. En todos estos frentes, estamos actuando y confiamos en poder obtener resultados en beneficio de nuestro país.

Señoras y señores:

Los retos de las naciones, son hoy más que nunca los retos del mundo entero. La globalización de los fenómenos financieros, sociales, tecnológicos y climáticos, no nos permite gobernar de espaldas al mundo. Los estándares éticos y los principios que orienten nuestras políticas para mejorar la gobernanza de nuestras naciones, deben ser igualmente válidos para orientar la gobernanza mundial. Por ello, vemos con angustia y preocupación algunos acontecimientos en el plano internacional.

Me refiero, en primer término, a los acontecimientos precipitados por la crisis financiera del 2008 y por la aguda crisis actual de la zona del euro. Esos acontecimientos que han dejado a millones de personas sin vivienda, trabajo y esperanzas, se forjaron en la falta de responsabilidad de los mercados financieros y en la omisión de la política y de los Estados frente a los mismos. La desregulación impulsada en los años ochentas, desataron movimientos especulativos y crearon verdaderas “armas financieras de destrucción masiva” que todavía tienen sumido al planeta en la angustia y la zozobra. Uno de los grandes retos que tiene el mundo, es poner fin a esos supuestos “automatismos reguladores” de la actividad económica y hacer valer de nuevo la política frente a las desenfrenadas fuerzas de los mercado financieros.

Nos preocupa también, la incapacidad internacional de alcanzar acuerdos significativos frente al calentamiento global. Ante tal inmovilismo, no debe sorprendernos que el cambio climático sea una crisis de tal magnitud, cuando cada año nuestro planeta pierde una cobertura boscosa equivalente a todo el territorio de Costa Rica, y los desiertos crecen a un ritmo dos veces mayor al territorio costarricense. Una crisis que hace que el planeta se caliente y que el clima amenace a millones de habitantes con sequías e inundaciones. Es éste uno de los retos más formidables que ha enfrentado el desarrollo de la humanidad: revertir el impacto de la civilización humana sobre el calentamiento de nuestro planeta, a la vez que generamos progreso económico y bienestar social. Es hacer que desarrollo y conservación se planteen no como disyuntiva, sino como relación de mutuo beneficio.

Finalmente, no puedo dejar de mencionar la frustración que provoca el reconocimiento de que ya el mundo no será capaz de alcanzar los Objetivos del

Milenio para el año 2015, los cuales suponían significativos avances en la calidad de vida de todos los seres humanos. Mientras tanto, el gasto militar y armamentista en el mundo suma miles de millones de dólares cada año, monto suficiente para erradicar todas las pandemias que tienen cura, vacunar a todos los que pueden morir por enfermedades prevenibles, brindar educación para todo niño, llevar agua potable a cada hogar, y sacar de la pobreza extrema a todos quienes la padecen. Aún así, sobraría suficiente dinero para financiar el gigantesco costo de adaptación que nos anuncia el Convenio Marco de Naciones Unidas del Cambio Climático.

Pareciera entonces, que debemos reaprender, en esta encrucijada, sobre los principios que nos permitan impulsar un progreso que forje al ser humano en armonía consigo mismo, con otros y con la naturaleza, y que, sobre todo, garantice a las futuras generaciones la posibilidad de aspirar a sus más grandes ideales y alcanzar la prosperidad.

Los desafíos de nuestros tiempos requieren de un liderazgo que comprenda que todos los habitantes de este planeta somos ciudadanos globales, y que lo que deteriora a unos, nos deteriora a todos. Del mismo modo, debemos comprender que aquello que restaura y regenera la vida de unos, restaura y regenera la vida de todos. Este sentido de responsabilidad debe ser transmitido a cada persona en cada rincón del mundo. En palabras de Marshall McLuhan quien acuñó el término de “aldea global”,...*“no hay pasajeros en el Planeta Tierra: todos somos tripulantes.”*

Señoras y señores:

Los signos de los tiempos, me permiten afirmar que las angustias del corazón del mundo ofrecen excelentes condiciones a una respuesta progresista, inspirada en los preceptos de la socialdemocracia y en una actitud de sana, franca y abierta deliberación.

Nunca, como ahora, regresa a la agenda pública el mensaje medular y permanente de este movimiento, que, más allá de las diferencias nacionales y los

énfasis culturales, nos une en la convicción de las responsabilidades de la política y el Estado en la vida pública.

El pensamiento y la práctica socialdemócrata nació, se fecundó y se define en la responsabilidad que necesariamente debe asumir el Estado en el cumplimiento del contrato social básico: la redistribución de la riqueza, la creación de oportunidades, la promoción de la equidad, la regulación del entorno social, económico y financiero, la transparencia, la rendición de cuentas y la necesidad de un diálogo vivo y constante con una ciudadanía *empoderada* e informada.

Este movimiento, que se asumió a sí mismo como internacional, antes de la existencia misma de la palabra globalización, lucha por la equidad y la cohesión social desde los albores de su nacimiento.

Muchas de las viejas preguntas vuelven a asaltarnos hoy buscando nuevas respuestas y otra vez nos vemos obligados a un remozamiento de los viejos principios en el escenario de los nuevos desafíos que nos acechan.

La socialdemocracia debe adecuarse a las nuevas realidades, pero no es momento para olvidar las duras lecciones del pasado. Abriremos surcos nuevos, muchas veces con los mismos arados. No estamos hoy para desaprender ni para improvisar, estamos para sintetizar las lecciones aprendidas desde 1889, cuando nació oficialmente este movimiento que ha conocido tumbos y retumbos, pero que ha sabido mantener viva la llama de su vocación, antes que nada, humanista, solidaria y pacífica.

Nuestro mayor desafío es encontrar la palabra justa, la visión compartida y la humildad necesaria para recuperar la confianza de nuestros pueblos, no sólo en los principios que dieron origen a este movimiento, sino en la fidelidad de quienes los representan con la honestidad política, con una verdadera rendición de cuentas a nuestras ciudadanías y con la entereza y la audacia que se requieren para abrir ventanas, puertas y caminos a la esperanza.

Esa es la gran responsabilidad que enfrenta el Congreso Internacional de la socialdemocracia en esta coyuntura. Hago votos por jornadas fecundas, marcadas por el signo de la responsabilidad y de la solidaridad, que nos permitan construir

nuevos paradigmas dentro del mapa de nuestra misma vocación de servicio, en esta encrucijada de la historia llena de turbulencias pero también de esperanzas.

Muchas gracias.